

ME ENCANTA LA NAVEGACION

POR MONICA

DECIDIMOS estrenar la casa dando un party en el yacht de Debbie Riborosa. Macoco preguntó qué pasaría cuando estrenáramos nuestro yacht: si entonces iríamos a dar un party en la casa de Debbie.

Esas cosas sólo se le ocurre a Macoco, a quien los aires de la Punta siempre ponen incómodamente lógico. Demasiado yodo o demasiado whisky. De todos modos, un party en un yacht es siempre divertido, le contesté. “No me gusta toda esa agua alrededor”, comentó Macoco. ¿Qué agua? — le pregunté. Si a la izquierda del yacht de Debbie, está el “Sinforosa” de Baty Pérez y a la derecha el “Rinoceronte IV” de Macucho Ponchorena. No seas bestia — dijo con delicadeza mi marido. (Cuando se pone idiota lo trato de marido) — Se dice: a babor y a estribor. A babor el “Sinforosa” y a estribor el “Rinoceronte Tercero”. Rinoceronte cuarto, — corregí. “Todos los rinocerontes acuáticos que quieras, pero si no aprendés el léxico marino vas a hacer cada papelón!”, terminó diciendo Macoco.

De modo que decidí aprenderme algunas palabras para intercalar en el party y así, cuando llegara de San Isidro el yacht nuestro, el que le compramos a Tiburcio Rigoledó, estaba pronta para hacerme entender por la tripulación, que la hemos importado directamente de Inglaterra, junto con el whisky.

El party estuvo regio. Debbie tiene mucha clase y para darnos la sensación de que estábamos en nuestra casa, digo en nuestro barco, cuando llegamos ya estaba completamente en copas reclinada a barlovento sobre uno de los obenques. “Cuidado, no la pises” — dijo Macoco, queriendo incorporarla.

Pero Debbie tenía enredada de tal modo la zapatilla en el obenque que preferimos dejarla así toda la noche. Por otro lado, al poco rato de estar, todo el mundo tenía encima tanto champagne y whisky por partes iguales que nadie se daba cuenta de nada. Lo más gracioso fue cuando Baty quiso bailar twist conmigo y se equivocó y sacó a bailar a la botavara que se le vino encima, naturalmente, con mástil y todo. Baty quedó desmayado encima de Macoco; lo que son las casualidades del destino, pensé. En ese instante una lata de caviar pasó volando por arriba de mi cabeza. “Ya está Macucho haciéndose el vivo”, dijo Macoco agarrando una botella de champagne y tirándola con fuerza hacia el “Rinoceronte IV”. Una divertidísima batalla comenzó entre nuestro barco y el de Macucho. Lo mejor fue cuando el “Sinforosa” se puso de aliado del “Rinoceronte”. Yo estaba muerta de risa al lado de un duque francés que no hacía sino quejarse en inglés, como corresponde. Estaremos mejor en aquella cornamusa — le insinué. Pas de musique, madame — musitó agarrándose la cabeza, donde una lata de caviar negro había producido un agujero considerable. “I am terribly malade”. Yo miré en torno mío. Había un ambiente bárbaro. Cuatro tipos yacían sobre las escotas absolutamente dormidos; Debbie lloraba y Macoco aullaba, síntoma de que se estaba divirtiendo brutal. El “Rinoceronte” estaba completamente a oscuras y de cuando en cuando uno de los invitados se caía al agua, de donde los marineros los iban sacando con un enorme medio mundo que Debbie mandó hacer expresamente. Es lo que siempre digo. No hay como los portefios para saber vivir.